Cuentos de horror y consuelo

El lejano amor de los extraños
TOMÁS GONZÁLEZ
Alfaguara, Bogotá, 2012, 128 págs.

BREVES ESTAMPAS de furiosa intensidad. Delante de su mujer, por ejemplo, un hombre, un abogado "vestido siempre de paño", mira en la televisión la toma del Palacio de Justicia, en tiempos de Belisario Betancur. Allí quedará carbonizada su amante por veintidós años. El hombre vomita y su mujer lo sabe todo. Así son estos fragmentos de vida. Estos veinte recortes de una realidad atroz, más vasta y quizá incomprensible, que en esta síntesis de muy pocas páginas alcanza una hondura perturbadora.

En "Nostalgia por el mar ya visto", el médico forense César Rengifo decide conocer el mar que nunca ha visto. Se va al Pacífico y olvida de cierta forma tantas muertes que le ha tocado dictaminar. Pero al volver lo llamarán de inmediato "para que ayudara a sacar a dos familias vecinas a las que habían asesinado y arrojado a un pozo profundo abandonado a unos cincuenta metros de una de las casas" (pág. 77).

El cuento, con su parquedad tan diciente, hay que leerlo, no resumirlo. Porque en realidad todo el contraste entre el océano y los síntomas de úlcera duodenal, entre los guayacanes floridos y los mangos maduros y el volver a esas fosas, para extraer de allí cuerpos amarrados de las axilas "–a los que no les habían cortado los brazos" (pág. 78) queda resumido en la certera imagen final: "cuando se agachaba a trabajar sobre los muertos el médico parecía un gallinazo, sí, pero también un ángel" (pág. 81).

Entre estos dos polos, horror y consuelo, campo y ciudad, se tensa el conjunto que halla una zona propia para explorar. No la que opta por situaciones límites –la celosa que ciega a su amor adúltero para casarse y así cuidarlo mejor, como en "Luz de tus ojos"–, sino la de una cotidianidad que parece explotar, pero en realidad solo prosigue su rumbo inexorable. El golpe moral que permite advertir el desastre: "Aquí toqué fondo –pensó. De aquí hacia abajo ya no sigue más" (pág. 167), como escribe en "El filo de la medianoche".

Matrimonios arruinados. El derrumbe del amor y la resignación de por vida que se prevee en esa lenta, demorada y no superable caída, como indican otros textos.

Esos triángulos, esa violencia atónica que muerde con la indiferencia y hiere en la rutina cotidiana es la que mejor capta González con su sismógrafo emotivo para detectar grietas, vacíos, desencantos. "Tantos malentendidos nimios entendidos como deslealtades traiciones', pensó. 'Tanta vanidad. Tanto egoísmo" (pág. 153).

Pero todos ellos también se nos ofrecen con una levedad asumida (así es la vida) que brinda sus razones. Los argumentos de estos dramas, tantas veces silenciados que se dan, en muchos casos, en medio del poder avasallador con que la naturaleza pródiga cauteriza heridas e infecciones no solo psicológicas.

Así sucede con una pareja de homosexuales en los Estados Unidos ("Luciérnaga"). Uno se ha ido para Europa. El otro, pintor, llamado Atilano, aunque conocido por sus hermanas por Niní, quienes han trasladado Medellín a Queens, se entrega a una histérica pesadilla de sordidez homosexual, ante las postergaciones del otro. Con el anuncio del regreso de Jesús, el escultor, Atilano se recompone, se arregla los dientes y vuelve a alquilar una idílica cabaña en el campo. Sin embargo, el avión sufre un accidente mortal. "Luego, en la turbulencia que seguiría a la confirmación de la muerte, sus gritos llenaron el comedor, la sala, los cuartos, los rincones y alcanzaron a salir como búhos por puertas y ventanas" (pág. 70).

Lo cual se contrapone con el retorno previsto de castores y luciérnagas, según los designios inmodificables de la naturaleza. He aquí la indiferencia de la creación entre los zapateos altisonantes de los humanos. Tal es la visión y el tono con que Tomás González (1950), quien vivió dieciséis años en Nueva York y tres en Miami, enhebra sus relatos.

Uno de ellos, por cierto, nos habla del hombre que abandona, cerca a Nueva York, un monasterio budista y regresa a Colombia, dejando de lado la iluminación y el silencio contemplativo que estaba a punto de alcanzar, después de tres años, y que no por nada llevó a la premio Nobel de Literatura 2004, la austriaca Elfriede Jelinek a declarar: "leyéndolo tuve la sensación de que Tomás González es un escritor de mucha pureza".

Pero todo ello lo recobrará, potenciado, cuando el desertor regrese a Cali, donde en un burdel de jovencitas alcanzará cimas imprevistas:

> llevados por las corrientes del deseo se separaron poco a poco de la calma en que habían logrado mantenerse y se vieron arrastrados cada vez con menos lentitud hacia una región ancha, honda y alta, llena de agua, espuma y luz. ["La luz en el almendro", pág. 95].

Esa su virtud más notable: decir y no decir. Asentir, como los padres que comprueban en visitas a dos médicos que su hijo sí tiene el síndrome de Down ("Sol sobre los cafetales"). Un lecho, una habitación, un mínimo

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

escenario y allí se representan todas las situaciones. La de la fidelidad (el japonés que en pos de la mujer que lo abandonó, permanece dos meses en el aeropuerto de Ciudad de México) o el de la traición (narcotraficantes colombianos en Nueva York, con delator incluido), los cuales no hacen más que revelar las estrategias literarias, tan versátiles y oportunas con que González ha armado este logrado volumen en el cual, como él mismo lo dice, son "Los nervios del vientre de la gente los que intuyen todas las verdades de este mundo infinito que moriremos sin conocer" ("Los muchos recodos del río", pág. 190). Pero que gracias a su mirada se ha tornado más humano y compartible.

Juan Gustavo Cobo Borda

Lirismo y poder narrativo: lo propio y lo ajeno

Todos somos amigos de lo ajeno
JOSÉ ZULETA ORTIZ
Alfaguara, Bogotá, 2010, 148 págs.

SI BIEN el motivo que da unidad y coherencia a este cuerpo de cuentos es esa fascinación –o realidad– de lo ajeno. Incluso en el sentido literario –las escrituras de otros–, habría que empezar por decir que este libro revela una *propiedad*, unas señas de identidad, algo que ya le es propio al autor en el familiar trasiego con la palabra escrita y con sus maneras de contar el mundo. Porque no es una sola, y en ello vemos no solo una gran madurez literaria, sino ante todo una versatilidad estilística, una flexibilidad narrativa, que estoy llamando *lírica* y me atrevo también a llamar, impropiamente, *cuasi-idílica*, porque, antes que narrar una historia, es diestra en *representar* (la mímesis aristotélica era creación y no imitación), en nombrar y, en fin, en apropiarse de múltiples aristas del mundo, objetos, personas, costumbres, situaciones, animales, elementos incontables de la naturaleza (que no ha dejado de existir). Zuleta aquí emplea el pasado y el presente, la primera y la tercera persona, la evocación, la crónica, la glosa histórica, el apunte lírico y el paisaje, la trama policíaca, el *thriller*, la narración, el intertexto y el diálogo, incluso el recurso a lo fantástico. En todos los casos lo hace con solvencia y maestría. Dicho lo cual, excluyo un último "estilo", que podríamos llamar "telegramático", que es rápido y se deja dominar por el anecdotario y lo episódico; este último estilo es responsable de las únicas caídas del conjunto: el aburridor, ineficiente y escandaloso "Se alquila pieza a persona sola", y el vindicativo y banal "Cuando vuelva, van a ver". También amenaza con desconsolidar las interesantes y fundamentales historias de "Escribano del agua" y el titular "Todos somos amigos de lo ajeno". Este último, no obstante, se sobrepone a los trompicones de la historia y la gratuidad de su final por el maravilloso uso del toque descriptivo.

Aunque en muchos de estos cuentos se alude a situaciones cotidianas o rutinarias, a veces triviales y prosaicas, relacionadas, en especial, con modos de ganarse la vida, su objetivo principal son momentos epifánicos, encuentros reveladores que determinan un cambio o una intensificación en el sentido de la vida de los personajes, un cruce de lo propio con lo ajeno que posibilita un conocimiento esencial o una experiencia aleccionadora y memorable. En ese sentido, no es desdeñable la recurrencia de factores ambientales y naturalistas que enmarcan la experiencia: la luz, la lluvia, el fuego, el aire, las estrellas, el sol, un río, los pájaros, los árboles, el cielo, así como tantas percepciones sensoriales del entorno, el roce de las manos, los

olores y perfumes, los colores, toda clase de sonoridades más bien embebedoras, la música. Y en esa constante y sensible mirada ambiente se juega el valor y la intensidad del relato, gracias entre otras cosas a la agudeza del observador, a su hipersensibilidad e hiperestesia, a la familiaridad que el narrador demuestra con su tema, sus objetos, el mundo que, epifánicamente, viene a traerle alguien o algo. Quiero dar algunos ejemplos de esto que llamo el "toque lírico" y que ilustran, además, una eficacia descriptiva y narrativa casi flaubertiana:

> Me pidió que lo acompañara al lugar de las máquinas. El sonido semejaba el de los trenes. Los rodillos entintados giraban, las ventosas aspiraban el papel, las pinzas lo llevaban hacia las mantas de registro, donde desaparecía para salir al otro lado impreso. Las hojas caían en cámara lenta, detenidas por el aire que parecía leerlas antes de aceptarlas. Más adelante estaba la guillotina. Un hombre a quien le faltaban tres dedos de una mano acarreaba el papel y lo disponía para que la cuchilla, impulsada por un gemido neumático, bajara precisa y rotunda sobre la resma dejando un olor suave a papel recién cortado. ["Escribano del agua", pág. 42]

> La luz de las hornillas y la de los candeleros producían un ambiente grato y cálido a la estancia. Francisca tenía un pañuelo azul cubriendo su cabeza y las facciones de su rostro oscilaban con la combustión del fuego. De los calderos ascendían olores a romero; las postas se doraban en la mantequilla e impregnaban con su aroma la luz misma. Don Lino sintió un placer inmenso de estar en esa

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.